

siempre efectiva, entre los cleros y los gobiernos opresores».

En resumen, para concluir, la moral cristiana no fué, en general, inferior a las morales religiosas precedentes.

Hasta fué superior a muchas de ellas. Ante todo ha de reconocérsele una inclinación a la dulzura, a la bondad y a la pureza, que hizo de ella una oposición directa a la crueldad y a la corrupción romanas. Su triunfo fué gloriosamente ilustrado por la abolición de los circos, esa abominación nunca bastante censurada del pueblo romano, y por la fundación de los hospicios renovados del budismo. La Iglesia no abolió la esclavitud, como se ha dicho falsamente; pero predicó la dulzura y la caridad a los amos, recomendando la obediencia a los servidores.

En resumen, hizo mucho por la dulcificación de las costumbres antes de la irrupción de los bárbaros. Sin duda los moralistas estoicos y alejandrinos eran superiores a los moralistas cristianos, pero sólo los cristianos supieron proyectar sobre las masas profundas de los esclavizados y de los vencidos los reflejos de sus semiluces morales.

Faltaron pronto a sus promesas; glorificaron su Constantino, que fué un monstruo; exterminaron los arrianos, aquella flor del cristianismo, y sucesivamente persiguieron a todos los herejes que intentaron humanizar el cristianismo, recurriendo para ello a todos los medios, desde las más odiosas calumnias hasta los más odiosos asesinatos y a las más horrorosas matanzas. Destruyeron de todas las manifestaciones estéticas y filosóficas

de la eflorescencia griega, carecieron de fuerza moral ante los bárbaros, a quienes convirtieron, pero no moralizaron. Su religión de amor se convirtió en una religión de egoísmo, por la preocupación exclusiva de la salvación individual, y de práctica antisocial por la preferencia dada a un mundo imaginario, al que ha de sacrificarse todo en el mundo real. No pudiendo detener la vida en sus incomprensibles desarrollos, la maldijeron, no amaron al prójimo sino por el amor de Dios, hicieron de la devoción al bien público una concesión frecuentemente condenable al respeto humano. Y la mortificación voluntaria, el embrutecimiento del alma y la maceración del cuerpo fué para ellos el principio supremo de la moral.

Añadamos el respeto incondicional a las potencias y la intolerancia eclesiástica, que reinó durante quince siglos y de que el mundo mana sangre todavía, y diremos que la moral cristiana dista mucho de lo que necesita nuestra época en gestación de la humanidad íntegra del porvenir.

Se ha observado con razón que las virtudes antiguas eran masculinas: el valor, la magnanimidad, la virilidad. Todo el esfuerzo cristiano tendió, por el contrario, a feminizar los caracteres, dirigiéndose, no al razonamiento, sino a la emotividad, glorificando la humildad, la dulzura y la pasividad. Al porvenir, un porvenir que germina ya entre nosotros, corresponde operar la síntesis redentora, la armonía y el equilibrio de esas dos tendencias psicológicas, depuradas y rectificadas la una por la otra, en una moral de plena humanidad.

PAÚL GILLÉ

## Los partidos políticos en Francia

Los financieros han convertido la Cámara en un instrumento dócil de sus voluntades.

Pero es necesario que el público no se dé cuenta de ello, y para conseguirlo, han organizado toda una *mise*

*en scène* ingeniosísima, destinada a regocijarle, a apasionarle y a impedirle que vea la realidad. Es una especie de comedia en la que hay:

1º Actores que aparentan batirse, y que son los partidos políticos.